



MARÍA TERESA ANDRUETTO

Stefano

Escritora ganadora del premio Hans Christian Andersen 2012



La historia de un adolescente que emigra de Italia a la Argentina después de la Primera Guerra Mundial, allá por los años treinta. Inspirada en el viaje de su propio padre que emigró de Italia a la Argentina, Andruetto relata la historia de un naufragio, una larga aventura y por fin el cumplimiento de una promesa.

Dice la autora: «Si un libro es un modo de conocer, una manera de penetrar en el mundo y buscar el sitio que nos corresponde en el, *Stefano* me permitió recuperar la sensación de hambre, desarraigo, extrañamiento, de hombres y mujeres que, tal como los que hoy se marchan, ayer llegaban buscando una vida mejor».

«*Stefano* es un ejemplo poco usual de la compatibilidad del suspenso y el realismo crítico, el lenguaje sencillo y el estilo refinado». Peter Braulein, *Bulletin Jugend & Literatur und Medien*, revista alemana de literatura para jóvenes.

a mi padre

*Ricordare una cosa significa vederla —ora soltanto— per la
prima volta^[1].
28 gennaio 1942*

*Le cose le ho viste per la prima volta un tempo —un tempo
che é irrevocabilmente passato.
Se il vederle per la prima volta bastava a contentare
(stupore, estasi fantastica), ora richiedono un altro
significato. Quale?^[2]
22 agosto 1942
CESARE PAVESE*

UNO

Ella preguntó: ¿Regresarás?

Y él contestó: En diez años.

Después, lo vio marcharse y no hizo un solo gesto. Distinguió, por sobre la distancia que los separaba, los tiradores derrumbados, el pelo de niño ingobernable, la compostura todavía de un pequeño. Sabía que correría riesgos, pero no dijo una palabra, la mirada detenida allá en la curva que le tragaba al hijo.

A poco de doblar, cuando supo que había quedado fuera de la vista de su madre, Stefano se secó los ojos con la manga del saco. Después fue hasta la casa de Bruno y lo llamó. El amigo salió y su abuela se quedó en la puerta, mirando cómo se iban. Dieron unos pasos y Bruno volvió la cabeza para ver si ella seguía en la puerta, hasta que el sendero les escondió la casa. Entonces el humor empezó a cambiarles.

Por el camino se les unieron Pino y Remo y, poco más tarde, uno que llevaba una acordeona y se llamaba Ugo. Al atardecer, se cobijaron bajo el alero de una iglesia, sacaron unos panes y Ugo, una petaca de vino. Stefano sintió el fuego del vino arrasando la garganta, su resaca en el pecho; pensó que su madre estaría pensando en él.

Ugo tomó la acordeona y cantaron hasta que quedaron dormidos.

Ciao, ciao, ciao,

*morettina bella ciao,
ma prima di partire
un bacio ti voglio dar...*

*Mamma mia dammi cento lire
che in America voglio andar,
che in America voglio andar...*

Despertaron echados unos sobre otros. Andando, encontraron a un viejo que seguía a una vaca vieja como él, dos niñas a las que Ugo y Pino hicieron bromas hasta que echaron a correr asustadas y una mujer de luto que a Stefano le hizo pensar nuevamente en su madre. Se detuvieron al borde de un huerto.

—¿Qué quieren? —preguntó una vieja.

—Algo caliente.

—¡Todos los días pasan pidiendo! —protestó ella y se metió en la casa.

La vieja sacó un pan y se los dio. Se sentaron a comerlo en el suelo, en un rincón de la cocina. Era un sitio sombrío que olía a coles, pero hacía calor junto al fuego de una estufa de guisa.

Habían salido ya al camino, cuando la escucharon gritar:

—¡A ver si mandan algo, que de aquí todos se van y de nosotros ni se acuerdan!

Ella gritaba, con el carro a la rastra, y yo corría a encontrarla, Ema. Salía a buscar paja y de regreso gritaba mi nombre, Stefano, y yo corría hacia ella.

Desde el camino que llevaba a nuestra casa, ella me llamaba, Stefano decía, Stefanin, y yo corría a encontrarla...

Y ella abandonaba los ejes, se refregaba las manos y echaba el calor de su aliento a los dedos de hielo, mientras yo arrastraba el carro hasta el patio...

Se metieron en una fila que daba la vuelta a Génova y allí estuvieron todo el día. Avanzaban lentamente porque en la mesa de Migraciones debían sellar pasaportes, mostrar las libretas de trabajo y entregar los billetes de barco.

Todos llevaban algún dinero: Pino, el que le había enviado su tío desde Argentina; Ugo y Remo, los ahorros de su casa; Bruno, lo que juntó su abuela en años; y Stefano, lo que su madre había conseguido por la venta de una máquina de coser. Ya era bastante bueno que no hubieran tenido que vender a Berta.

Nadie se movió cuando se hizo de noche y la oficina cerró. Una mujer le dio el pecho a su niño que lloraba; no bien el niño se hubo metido entre la blusa, quedó dormido. Un hombre joven que llevaba abrigo gris jaspeado y parecía de mejor condición que los demás, los convidó con castañas. Iba a trabajar a un hotel de Buenos Aires. Avanzada la noche, se sacó la manta y la puso sobre la mujer que dormía con el hijo al pecho.

Una mandolina sonaba:

*Scrivimi...
non lasciarme piú in pena...*

Una mujer joven que le había pedido un cigarrillo al hombre de abrigo jaspeado, hacía un momento, siguió al de la mandolina:

*... na frase un rigo appena
calmeranno il mio dolor.
Tu non scrive non torni,
tu sei fatta di gelo...*

Ugo sacó la acordeona y los acompañó. La mujer se llamaba Gina y tenía un sombrerito color chocolate calzado hasta

las orejas. Alguien dijo: «¡Otra! ¡A ver, linda, canta otra!», y al calor de los aplausos siguieron hasta la madrugada.

Encima de la parva había unas ramas para el fuego. Unas ramas, Ema, y una torcaza muerta.

Ella dijo: **¿Has visto lo que encontré?**

Y yo la miré a los ojos.

Ella dijo: **¿No crees que fue una suerte, Stefanin?**

Y yo contesté: Sí, mamá.

Ella dijo: **¿Has visto qué gorda es?**

Y yo le tanteé el tamaño bajo el plumaje y aunque no me pareció tan gorda le hice que sí con la cabeza.

Gina viajaba a la Argentina a casarse: en Rosario la espera su novio, eso ha dicho, aunque Stefano la vio durante la noche responder con picardía a la mirada del hombre de jaspeado; es amiga de la que amamantaba al niño y se llama Berta, como su vaca.

A la madrugada, los que cantaban se durmieron; el niño y su madre despertaron con el día y salieron a caminar por el muelle, hasta que la fila empezó a moverse.

El barco está completo, informó el de la oficina cuando les tocó el turno, pero ellos insistieron hasta convencerlo. El hombre selló los pasaportes, puso cinco veces **Destino: Buenos Aires**, y le dijo a otro:

—Suma estos cinco y se cierra la lista.

Después, anduvieron por la ciudad, hasta la hora de la partida. El barco salía a la madrugada; se llamaba *El Syrio*.

Debajo de la casa estaba el establo.

Nos calentábamos con el aliento de las vacas. Teníamos muchos animales, pero los fuimos vendiendo, hasta que solo nos quedó esa vaca.

Le pregunté: ¿Creés que Berta va a tener cría antes de hacerse vieja?

Si podemos servirla, dijo.

Le pregunté: ¿Y cuánto cuesta eso?

Lo que no tenemos, dijo.

Y no dijo más.

Han salido a caminar por la ciudad, pero la impaciencia los arrastra pronto al muelle. Contra las barandas carcomidas o sobre los bultos, duermen hombres, mujeres, niños. Stefano ve, entre las personas y los baúles, antes que a nadie, a Gina y al hombre de jaspeado. Deja que sus amigos se ubiquen con la cara hacia el mar y busca, sin saber por qué, un sitio próximo a ellos.

La mujer habla, llena de gestos; después parece tener frío porque se cruza los brazos contra el pecho, y el hombre le pone el saco sobre los hombros, se le acerca, le dice algo al oído, y ella vuelca la cabeza hacia atrás, y ríe. Stefano no ha visto antes de hoy una mujer así, con la risa grande y la cabeza tumbada hacia atrás.

Duermen en literas y algunos en el suelo. En el compartimento han quedado sus amigos, el de la mandolina y el hombre de jaspeado. Stefano y Pino se acuestan en el suelo, sobre el balanceo del agua; están cansados y se duermen.

Stefano camina por la selva detrás de una mujer; la mujer está herida en la mejilla, bajo el sombrerito. Despierto, ve al hombre de jaspeado: desde su litera mira el agua enfierecida tras el ojo de buey.

Vuelve a soñar con Gina, noches más tarde. Esta vez el lugar del sueño es un desierto. La reconoce, a pesar de que su vestido es apenas más oscuro que la arena; se le bambolea la falda, la ve perdiendo fuerzas; trata de acercarse, pe-

ro ella no lo escucha. No sabe cómo, pero la alcanza, y le ofrece un jarro de agua. El agua se le cae a ella de la boca; él le seca la cara, el cuello, y ve sus tetas bajo la tela mojada.

Cuando despierta mira hacia uno y otro lado: todos duermen. Entonces, mete la mano bajo la manta y se toca.

... Y porque solo nos quedó esa vaca, hacía frío en la casa.

Aquí, junto a la estufa, el recuerdo de aquel frío es más intenso, Ema.

Le pregunté: ¿Haremos fuego hoy?

Pero ella dijo: **No**.

¿Por qué no?, le pregunté.

Aún no es invierno, dijo.

Ella temblaba cuando lo dijo.

En la cubierta, mirando el mar color de plomo, Stefano le cuenta a Ugo que amaneció mojado y no sabe por qué. «Soñaste con una mujer», dice Ugo, pero Stefano asegura que no ha soñado con ninguna.

—Sucede cuando soñas con las tetas de una mujer — agrega Ugo por lo bajo.

Stefano se pone colorado y reme que su amigo le haga una broma, pero no dice nada. Ugo también hace silencio y lo acompaña, en ese mirar el mar color de plomo.

Se llamaba Agnese, pero casi nadie la llamaba por su nombre.

Vestía de negro, de negro hasta las enaguas.

Desde que mi padre murió, no hizo otra cosa que arrastrar ese carro.

Todos los días el carro.

El carro, Ema, y el grito de ella:

¡Stefanin! ¡Stefanin!

Tenía la cara huesuda y los ojos de brea.

Y murió de tisis.

—¿Cuánto hace que no lo ves? —preguntó Stefano.

—Seis años —dijo Remo.

Estaban solos en la cubierta; más allá, Bruno y Pino se habían unido a una rueda y se oían sus risas.

—¿Lo reconocerás?

—Sí.

—¿No habrá cambiado en seis años?

—Lleva un lunar contra la ceja izquierda.

—¿Qué más recordás de él?

—Que era bueno, eso recuerdo. ¿Y el tuyo?

—No lo sé. Murió en la batalla del Piave antes que yo naciera; todo lo que sé es que llevo su nombre, y que mi madre no se sacó el luto desde entonces.

Los dos quedaron en silencio, Remo pensando quizás en su padre y Stefano sin encontrar una huella del suyo, salvo la fotografía que lleva su madre entre la ropa. Es la foto de un hombre alto, vestido con el uniforme de los alpinos, pero está muy ajada y se le ha borrado el rostro.

—¿Cómo vas a hacer para encontrarlo?

—No sé. Le seguiré el rastro.

—¿Y qué van a hacer cuando se encuentren?

—Dinero. Y se lo enviaremos a mi madre y estaremos todos juntos, como antes.

Esa tarde, Stefano extrañó como nunca a su padre y deseó con todas sus fuerzas lo imposible: ser cómo Remo, ir a su encuentro, buscar hasta alcanzarlo, seguro de que, al final de algún camino, estará esperándolo, con el rostro un poco borroso, vestido de alpino.

Ella dijo: **La Madama te manda esto.**

Era un saco oscuro; el saco de su hijo muerto.

Yo me lo puse porque hacía frío...

Me lo puse y lo abotoné.

¡Qué bien estás, Stefanin!, dijo mi madre, y los dos reímos.

Pero uno de los botones salta y ella me reprende:

¡No debes respirar tan fuerte!

Más tarde todavía me dirá:

Si comes la manteca con los dientes, nunca tendrás nada.

Hace años de esto, Ema, pero es como si todavía la estuviera escuchando...

Pino sabe muy bien adónde va. Los ha invitado, a Bruno y a él, a que vayan a La Pampa, a un lugar llamado Montenievas, donde está el campo de su tío.

Stefano no puede imaginar lo que le están diciendo, que las vacas andan sueltas por el campo y se pierde la vista en los sembrados, que la tía de Pino tiene tantas gallinas que no saben qué hacer con los huevos, y a veces deben dárselos a los chanchos. A él le parece que su amigo, en el entusiasmo, exagera. Sin embargo, entre la alegría y el miedo de que sea solo un sueño, los dos aseguran que sí, que se irán nomás con Pino a Montenievas, a la casa de su tío.

Le dije que yo buscaría la paja del camino.

Pero ella contestó que no.

No todavía.

La veo en la cocina: saca agua de la que hierve en un latón, echa el agua sobre la torcaza muerta y la despluma con dedos diestros, luego la chamusca sobre la llama y la desventra. Lava viscera por viscera, desechando solo la hiel amarga. Cuando está limpia, la divide en cuatro y dice:

Tenemos para cuatro días.

Yo no digo nada. Solo miro cómo separa una de las partes y luego oigo que me manda a guardar las tres restantes sobre el techo de la casa, para que el sereno las mantenga frescas.

Cuando regreso, está sacando de la bolsa harina de maíz. Mete la mano hasta el fondo y yo escucho el ruido que hace el tazón al raspar la tela.

¿Alcanza?, pregunto.

Para esta vez, dice.

¿Y mañana?

Dios dirá.

En medio de la noche los ha despertado la tormenta, el ruido del agua contra la banda de estribor. El llanto de un niño viene del camarote vecino o de otro que está más allá. Aquí donde ellos esperan, nadie grita, solo el hombre de jaspeado dice que el mar esta noche no quiere calmarse y es todo lo que dice; habla con serenidad, pero Stefano sabe que está asustado.

Al llanto del niño se han sumado otros, pero nadie ha de tener más miedo que él, que quisiera que a este barco llegara su madre y lo apretara entre los brazos y le dijera, como cuando era pequeño y todavía no soñaba con América, duerme, ya pasará. Pero él no podrá dormirse esta noche *Santa María madre de Dios*, porque su madre está lejos *ruega por nosotros*, y él rumbo a América *pecadores*, en medio del mar y la tormenta. Entonces recuerda *ahora y en la hora* que tiene bajo la ropa el rosario de su madre, y lo saca *de nuestra muerte*, lo aprieta entre las manos *de nuestra muerte* y se lanza *de nuestra muerte*, desesperado, *de nuestra muerte*, a rezar.

—¡Un rayo dio en las hélices!

El grito crece, como la llamarada que comenzó en la proa, y se funde con otro:

—¡A los botes! ¡Todos a los botes!

Pero no hay botes para codos. La tripulación intenta ordenar el caos: se ubicarán primero los niños y las mujeres y, si quedan sirios, los hombres. Stefano ve a Gina descender a una chalupa, desde los brazos del hombre de jaspeado. En otra, cae la mujer que viaja con el niño; cae con él, apretado contra el pecho.

Alguien grita:

—¡Aquí, Stefano!

Es Pino. Arroja al agua las mesas del bar y pide que se larguen. Stefano se lanza tras él, da brazadas enloquecidas para alcanzar una mesa y, cuando la alcanza, se echa boca-bajo, y se deja llevar por el oleaje. Entonces ve un bote que desaparece en el agua, los cuerpos, los brazos en alto; queda flotando el sombrerito de Gina, boya un momento sobre el mar y acaba hundiéndose, como todo.

Yo remendaba unos zuecos junto a la ventana. Desde ahí me animé a decir:

El hijo de Gastaldi se fue a América.

Ya lo sé.

Y también Giovanni Grangetto.

Prepara la mesa.

Puse sobre la mesa dos platos y dos jarros con agua. Ella volcó en el centro la polenta y la cortó, Ema, así como yo te enseñé, con el hilo...

Después puso el cuarto de paloma en mi plato, todo en mi placo.

Yo renegué para partirlo en dos, pero ella dijo:

No.

Duele recordar los ojos que tema cuando dijo que no.

Abre los ojos. Está en el agua, con la boca tocando la salmuera. Tarda en subirle la conciencia, en comprender que flota. Trata de recordar quién es, se llama Stefano, ha veni-

do viajando en un barco, dónde está la costa, el agua lo ha tragado y lo último que vio fue un sombrero flotando sobre el mar.

Ella decía:

Come tú que estás creciendo.

Por favor, madre, entre los dos.

Come tú, yo no quiero.

Al terminar la comida sé que vendré a América. Se lo digo.

Ella me mira, Ema.

Me mira y no dice nada. Solo huye a la cocina.

Yo voy tras sus pasos.

Y vuelvo a decir: Iré a América.

Y ella vuelve a mirarme con los ojos de piedra.